

rrogatorios de seis horas en presencia del prefecto de policía. ¿Debía Peyrade su perdón á la actividad milagrosa con que había secundado á Fouché en la defensa de las costas de Francia, atacadas por la que se llamó entonces expedición de Walcheren, en la cual desplegó el duque de Otranto capacidades que asustaron al emperador? Esto hubiese sido probable en aquel tiempo para Fouché; pero hoy, que todo el mundo sabe lo que ocurrió entonces en el consejo de ministros convocado por Cambaceres, es indudable. Aterrados todos por la noticia de la tentativa de Inglaterra, que devolvía á Napoleón la expedición de Bolognia, y sorprendidos sin el amo, que estaba entonces en la isla de Lobau, donde Europa lo creía perdido, los ministros no sabían qué decisión tomar. La opinión general fué enviar un correo al emperador; pero Fouché sólo se atrevió á trazar el plan de campaña y á ejecutarlo. «Obrad como queráis—le dijo Cambaceres,—pero yo no quiero perder la vida, y le envió un informe al emperador». Sabido y conocido es el absurdo pretexto del emperador, cuando volvió, para destituir, en pleno consejo de Estado, á su ministro por haber salvado á Francia sin consultárselo. Desde aquel día, el emperador unió la enemistad del príncipe de Talleyrand á la del duque de Otranto, los dos únicos grandes políticos de la Revolución, los cuales tal vez habrían salvado á Napoleón en 1813. Para alejar á Peyrade, se apeló al vulgar pretexto de concusión: había favorecido el contrabando y había compartido de los provechos con el alto comercio. Semejante tratamiento era rudo para un hombre que debía el grado de mariscal del comisariato general á los grandes servicios prestados. Aquel hombre, envejecido en la práctica de los negocios, poseía los secretos de todos los gobiernos desde el año 1775, época de su entrada en la tenencia general de policía. El emperador, que se creía bastante fuerte para crear hombres á su gusto, no tuvo en cuenta para nada las consideraciones que le hicieron más tarde en favor de un hombre reputado de ser de los más seguros, de los más hábiles y de los más astutos que velaban por la seguridad del Estado. Peyrade se sintió herido con aquello, tanto más cruelmente cuanto que era libertino y glotón, y se hallaba, respecto á las mujeres, en la misma situación del pastelero á quien gustan las golosinas. Sus costumbres se habían convertido en su segunda naturaleza; y ya no po-

dia pasar sin comer bien, sin jugar y sin hacer aquella vida de gran señor sin fasto, á que suelen entregarse todas las gentes de facultades poderosas, que acaban por convertir en necesidades una porción de cosas verdaderamente superfluas. Además, hasta entonces había vivido á lo grande sin representación, comiendo muy bien, pues nunca se contaba ni con él ni con Corentín, su amigo. Cinicamente concurrente, tenía afición á su arte y era filósofo. Por lo demás, un espía, sea de la esfera que sea, no puede ya ejercer nunca una profesión de las llamadas liberales y honradas. Una vez marcados, una vez matriculados, los espías y los condenados adquieren un carácter indeleble. Hay seres á los que el estado social les imprime fatales destinos. Por desgracia suya, Peyrade se había prendado de una linda joven, de una hija que tenía la certeza de haber habido él mismo con una actriz célebre, á la cual hizo un favor que ella pagó con tres meses de agradecimiento. Peyrade, que llamó á su hija de Anvers, se vió sin más recursos en París, que el socorro anual de mil doscientos francos que le había concedido la Prefectura en pago de sus servicios. El hombre se fué á vivir á la calle de los Moineaux, á un cuarto piso, que tenía sólo cinco piezas, y que le costaba doscientos cincuenta francos anuales.

Si algún hombre tiene que sentir la utilidad y las dulzuras del afecto ¿no es el leproso moral, llamado por la multitud un espía, por el pueblo un corchete y por el Estado un agente? Peyrade y Corentín eran amigos como Orestes y Pilades. Peyrade había educado y formado á Corentín, como Vien formó á David: el discípulo superó pronto al maestro. Habían hecho juntos más de una expedición. Peyrade, satisfecho de haber adivinado el mérito de Corentín, lo había dedicado á la carrera, preparándole un triunfo, y obligó á su discípulo á servirse de una querida que le desdeñaba como de un cebo para cazar á un hombre. ¡Corentín tenía entonces veinticinco años! Corentín, que había seguido siendo uno de los jefes, conservó, cuando el duque de Rovigo ocupó el poder, la plaza eminente que ocupaba cuando el duque de Otranto. Entonces ocurría con la policía general lo mismo que con la judicial. A cada asunto de alguna importancia, se hacía un precio alzado con los tres, cuatro ó cinco agentes más hábiles. El ministro, sabedor de algún complot ó de cualquier maquinación, le



decía á uno de los coroneles de policía: «¿Qué necesita usted para obtener tal ó cual resultado?» Después de un maduro examen, Corentín respondía: «Veinte, treinta, cuarenta mil francos». Luego, una vez que se daba la orden de comenzar, todos los medios y los hombres necesarios se dejaban á elección y juicio de Corentín ó del agente designado. Por otra parte, la policía judicial obraba así para el descubrimiento de los crímenes con Vidocq.

La policía política, lo mismo que la judicial, sacaba principalmente su personal de entre los agentes conocidos, matriculados y asiduos, que son como los soldados de esa fuerza secreta tan necesaria á los gobiernos, á pesar de las declamaciones de los filántropos ó de los moralistas de moral pequeña. Pero la excesiva confianza prestada á dos ó tres generales del temple de Peyrade y de Corentín implicaba en ellos el derecho á emplear personas desconocidas, si bien estaban obligados á darle cuenta de todo al ministro en los casos graves. Ahora bien, la experiencia y la penetración de Peyrade eran demasiado preciosas; así es que Corentín, una vez pasada la borrasca de 1810, empleó á su anciano amigo, le consultó en todo y atendió á sus necesidades. Corentín halló medio de dar unos mil francos mensuales á Peyrade, y Peyrade, por su parte, prestó inmensos servicios á Corentín. En 1816, á propósito del descubrimiento de la conspiración en que debía de terciar el bonapartista Gaudissard, Corentín intentó hacer ingresar de nuevo á Peyrade en la policía general del Reino; pero una influencia desconocida rechazó á Peyrade. He aquí por qué: en su deseo de hacerse necesarios, Peyrade y Corentín, á instigación del duque de Otranto, habían organizado, por cuenta de Luis XVIII, una contra-policía en la cual fueron empleados Contensón y otros agentes de gran valer. Luis XVIII murió, sabedor de secretos que seguirán siendo secretos para los historiadores mejor informados. La lucha de la policía general del Reino con la contra-policía engendró horribles sucesos cuyo secreto ha sido guardado por algunos ajusticiados. No es este el lugar ni la ocasión oportuna para entrar en el detalle de este asunto, pues las Escenas de la vida parisiense no son las Escenas de la vida política, y basta, por lo tanto, hacer notar cuáles eran los medios de vida de aquel á quien llamaban el pobre Canquoëlle en el café David y por qué conducto

se relacionaba con el terrible y misterioso poder de la policía. De 1817 á 1822, Corentín, Peyrade y sus agentes recibieron el encargo de vigilar al propio ministro. Esto puede dar la explicación del porqué el Ministerio se negó á emplear á Peyrade, que fué la víctima sobre la cual hizo recaer Corentín mismo las sospechas de los ministros, á fin de utilizar á su amigo cuando pareciese imposible ya su rehabilitación. Los ministros tuvieron confianza en Corentín y le encargaron que vigilase á Peyrade, lo cual hizo sonreír á Luis XVIII. Corentín y Peyrade quedaban entonces dueños únicos del terreno. Contensón, agregado durante mucho tiempo á Corentín, le servía aún. Contensón se había puesto al servicio de los guardas del comercio por orden de Corentín y de Peyrade. En efecto, á consecuencia de esa especie de furor que inspira una profesión ejercida con amor, aquellos dos generales gustaban de colocar á sus soldados más hábiles en todos los lugares en que podían abundar las confianzas. Por otra parte, los vicios de Contensón y sus costumbres depravadas exigían tanto dinero, que el agente tenía que trabajar mucho. Sin cometer ninguna indiscreción, Contensón había dicho á Louchard que conocía al único hombre capaz de satisfacer al barón de Nucingen. En efecto, Peyrade era el único agente que podía ejercer impunemente de policía por cuenta de un particular. Muerto Luis XVIII, Peyrade perdió no sólo toda su importancia, sino también los beneficios de su cargo de espía de Su Majestad. Creyéndose indispensable, había continuado su mismo género de vida. Las mujeres, la buena vida y el Círculo de los Extranjeros le habían impedido hacer ninguna economía á un hombre que gozaba de una naturaleza de hierro, como todos los nacidos para el vicio. Pero, de 1826 á 1829, próximo ya á cumplir setenta y cuatro años, se contenía, según decía él mismo. De año en año, Peyrade había visto disminuir sus bienes; asistía á los funerales de la policía y veía con pena que el gobierno de Carlos X abandonaba las antiguas tradiciones. De sesión en sesión, la Cámara iba escatimando las subvenciones necesarias para la policía, llevada de su odio á esta institución y de su afán de moralizarla.

—Eso es lo mismo que si se intentara cocinar con guantes blancos—le decía Peyrade á Corentín.

Corentín y Peyrade percibían el 1830 desde el 1825,



y conocían el odio íntimo que Luis XVIII le tenía á su sucesor, lo cual explica su indiferencia respecto á la rama menor, sin la cual su reinado y su política serían un enigma sin solución.

Al envejecer, Peyrade sentía crecer su amor por su hija natural, la cual se vestía al estilo de la clase media, pues el viejo quería casar á su Lidia con algún hombre honrado. Esta era la razón por la cual perseguía desde tres años antes su empleo en algún cargo ostensible, ya en la policía general ó bien en la Prefectura de policía. El hombre había acabado por inventar una plaza cuya necesidad se dejaría sentir, según él, tarde ó temprano. Se trataba de crear en la Prefectura de policía un negociado de confidencias, que sería intermediario entre la policía de París propiamente dicha, la policía judicial y la policía del Reino, á fin de que la Dirección general aprovechase aquellas fuerzas diseminadas. A su edad, después de cincuenta años de discreción, Peyrade era el único que podía servir de lazo para unir las tres policías y podía ser el archivero á quien se dirigirían la política y la justicia cuando quisiesen saber algo. Peyrade esperaba así atrapar, con la ayuda de Corentín, una ocasión de hallar marido y dote para su hijita Lidia. Corentín le había hablado ya del asunto al director general de Policía, sin hablarle de Peyrade, y el director general, un meridional, juzgaba necesario que la Prefectura hiciese la proposición.

En el momento en que Contensón había dado tres golpes con la moneda en la mesa del café, señal que quería decir: «Tengo que hablaros», el deán de la policía pensaba en la solución de este problema: «¿Cómo haría yo para que se moviese el actual prefecto de policía?» Y parecía un imbécil con los ojos fijos en el periódico. «Nuestro pobre Fouché, se decía caminando por la calle de San Honorato, aquel gran hombre murió y nuestros intermediarios con Luis XVIII están en desgracia. Por otra parte, como decía Corentín ayer, ya nadie cree en la agilidad ni en la inteligencia de un septuagenario... ¡Ah! ¡por qué me acostumbré á comer en casa de Very, á beber buenos vinos... á buscar mujeres... y á jugar cuando tengo dinero! Para crearse una posición, no basta tener talento, como dice Corentín, sino que es preciso saber manejar los fondos. Bien me predijo mi suerte aquel señor Lenoir, cuando exclamó, á propósito del asunto

del Collier, al saber que yo no había permanecido debajo de la cama de la joven Oliya: «¡Nunca será usted nada!»

Si el venerable padre Canquoëlle permanecía en la calle de los Moineaux, en el cuarto piso, no dudéis que era porque había hallado en la posición de la casa particularidades que favorecían el ejercicio de sus terribles funciones. Situada en el rincón de la calle de San Roque, su casa carecía de vecindad por un lado. Como estaba dividida en dos partes por medio de la escalera, había en cada descanso dos cuartos completamente aislados. Aquellos dos cuartos estaban situados del lado de la calle de San Roque. Sobre el cuarto piso había buhardillas, de las cuales la una servía de cocina y la otra para habitación de la criada única del padre Canquoëlle, una flamenca, llamada Katt, que había criado á Lidia. El padre Canquoëlle había convertido en dormitorio el primero de los dos cuartos separados y en despacho el segundo. Una gran pared medianera aislaba á aquel despacho por el fondo. La ventana que daba á la calle de los Moineaux estaba frente á una pared que hacía esquina y que no tenía ventanas. Ahora bien, como los separaba de la escalera el cuarto de Peyrade, los dos amigos no tenían ningún tropiezo mientras hablaban en aquel despacho que parecía expreso para su horrible oficio. Por precaución, Peyrade había puesto una cama de paja y una alfombra en el cuarto de la flamenca, so pretexto de que estuviese con comodidad la nodriza de su hija. Además, había condenado la chimenea, sirviéndose de una estufa cuyo tubo salía al exterior por el muro de la calle de San Roque. Finalmente, había puesto en el suelo varias alfombras para impedir que los vecinos del piso inferior oyesen ningún ruido. Experto en los medios de espiar, sondaba la pared medianera, el piso y el techo una vez á la semana y lo hacía como hombre que sólo intenta matar insectos importunos y molestos.

La certidumbre de que estaba allí sin testigos había contribuido á que Corentín escogiese aquel despacho como sala de deliberación, cuando no deliberaba en su casa. La vivienda de Corentín sólo era conocida por el director general de policía y por Peyrade, y en ella recibía á los personajes á quienes el ministerio tomaba por intermediarios en casos graves; pero ningún agente, ningún subalterno iba allí, y solía combinar las cosas del oficio en casa de Peyrade.



En aquel cuarto tan sencillo se tomaron resoluciones que darían materia para extraños anales y curiosos dramas, si las paredes pudiesen hablar. De 1816 á 1826 se analizaron allí inmensos intereses, y allí se descubrieron en germen los acontecimientos que debían de pesar sobre Francia. Peyrade y Corentín, tan previsores, pero más conocedores que Bellart, el fiscal general, se decían allí desde 1819: «Si Luis XVIII no se decide á dar tal ó cual golpe, á deshacerse de tal príncipe... ¿execra acaso á su hermano? ¿quiere leerle una revolución?»

La puerta de Peyrade estaba provista de una pizarra, en la cual se veían á veces extrañas marcas, cifras escritas con yeso. Aquella especie de álgebra infernal tenía claras significaciones para los iniciados.

Enfrente de la mezquina habitación de Peyrade se hallaba la de Lidia, compuesta de una antesala, de un saloncito, de un dormitorio y de un gabinete tocador. La puerta de Lidia, como la del cuarto de Peyrade, se componía de una chapa de hierro de cuatro líneas de espesor, colocada entre dos fuertes maderas de encina, y estaba provista de cerraduras y de goznes tan difíciles de forzar como los de las cárceles; así es que, aunque la casa fuese una de esas casas de vecindad, con tienda y sin portero, Lidia vivía allí sin tener nada que temer. El comedor, el saloncito, el cuarto, cuyas ventanas daban á espaciosos jardines, eran limpios y lujosos.

La nodriza flamenca no se había separado nunca de Lidia, á quien llamaba hija. Ambas iban á la iglesia con una regularidad que le hacía formar una excelente opinión del pobre Canquoëlle al abacero realista establecido en la casa, en la esquina de la calle de los Moineaux y la Neuve-Saint-Roch, y cuya familia, cocina y mozos ocupaban el primer piso y el entresuelo. En el segundo piso vivía el propietario, y el tercero lo tenía alquilado hacía ya veinte años un escultor. Cada inquilino tenía una llave de la puerta del portal. El abacero se avenía á recibir con tanto más gusto las cartas y encargos dirigidos á aquellos tres pacíficos inquilinos, cuanto que tenía un buzón. Sin estos detalles, los extranjeros y los que no conocen París no podrían comprender el misterio y la tranquilidad, la confianza y la seguridad que convertían á aquella casa en una excepción parisiense. A partir de las doce de la noche, el padre Can-

quoëlle podía urdir tramas, recibir ministros, espías y mujeres, sin que nadie lo notase.

Peyrade pasaba por el mejor de los hombres y no le escatimaba nada á su hija. A ello había contribuido no poco la flamenca, diciéndole con frecuencia á la cocinera del abacero: «¡Es incapaz de matar una mosca!» Lidia, que había sido discípula de Schmucke, era una excelente artista musical, y sabía componer, dibujar y pintar á la aguada. Peyrade comía todos los domingos con su hija. Aquel día el buen hombre era exclusivamente padre. Religiosa sin ser devota, Lidia cumplía con el precepto pascual y se confesaba todos los meses. Esto no obstante, se permitía de tiempo en tiempo alguna ida al teatro y algún paseo por las Tullerías cuando hacía buen tiempo. Tales eran sus expansiones, pues hacía una vida muy sedentaria. Lidia, que adoraba á su padre, ignoraba por completo sus siniestras capacidades y sus tenebrosas ocupaciones. Ningún deseo había turbado la vida pura de aquella niña tan pura. Esbelta, guapa como su madre, dotada de una voz deliciosa y de un rostro fino adornado de hermosos cabellos rubios, se parecía á esos ángeles, más místicos que reales, colocados por algunos pintores primitivos en sus Sagradas Familias. La mirada de sus ojos azules parecía derramar un rayo del cielo sobre aquel á quien favorecía. Su vestir casto, sin exageraciones ni modas determinadas, exhalaba un encantador perfume de virtud.

Figuraos á un Satanás viejo, padre de un ángel con cuyo contacto se refresca, y tendréis una idea de Peyrade y de su hija. Si alguien hubiese manchado aquel diamante, el padre habría inventado, para perderlo, alguno de aquellos formidables enredos que llevaron al patíbulo á muchos desgraciados cuando la época de la Restauración. Mil escudos al año bastaban para cubrir los gastos de Lidia y de Katt, á quien aquella llamaba su muchacha.

Al llegar al alto de la calle de los Moineaux, Peyrade vió á Contensón; pasó delante de él, subió primero, oyó los pasos de su agente en la escalera y lo introdujo en su cuarto antes de que la flamenca hubiese asomado las narices á la puerta de la cocina. Una campanilla, que era puesta en movimiento por una puerta vidriera, situada en el tercer piso que ocupaba el escultor, advertía á los inquilinos del tercero y del cuarto la subida de alguno. Creemos



inútil decir que á las doce de la noche Peyrade forraba el badajillo de aquella campanilla.

—Filósofo ¿qué ocurre de nuevo?

Filósofo era el apodo que Peyrade había puesto á Contensón.

—Hay algo así como diez mil de ganancia.

—¿Qué es? ¿político?

—No, una estupidez. El barón de Nucingen, ya sabe usted, aquel ladrón con patente, anda detrás de una mujer que vió en el bosque de Vincennes, y hay que hallársela, ó se muere de amor. . . Ayer hubo una consulta de médicos, según me dijo su criado. Yo le he sacado ya mil francos, so pretexto de buscar á la niña.

Contensón le contó el encuentro de Nucingen y de Ester, añadiendo que el barón tenía datos nuevos.

—Anda—dijo Peyrade,—ya daremos con su Dulcinea; dile que vaya en coche esta noche á los Campos Eliseos, avenida Gabriela, esquina á la calle de Marigny.

Peyrade acompañó á Contensón hasta la puerta, llamó á la de su hija del modo necesario para que abriese, y entró alegremente. La casualidad le procuraba un medio de obtener al fin la plaza deseada. Después de besar á Lidia en la frente, se sentó en un sofá y le dijo:

—Toca un poco el piano.

Lidia tocó una composición de Beethoven.

—Hijita mía, muy bien tocado—exclamó tomando á su hija en brazos,—¿sabes que tienes ya veintiún años? Y es preciso casarse, porque papá tiene ya más de setenta.

—Soy feliz así.

—¿No quieres á nadie más que á mí, que soy tan viejo y tan feo?—le preguntó Peyrade.

—¿A quién quieres que ame?

—Hijita mía, voy á comer contigo; adviértelo á Katt. Tengo el pensamiento de casarte, de buscar un destino y un marido digno de ti... algún joven bueno y de talento que pueda ser tu orgullo algún día.

—Aun no he visto más que uno que me haya gustado para marido.

—¿Has visto uno?

—Sí, en las Tullerías—contestó Lidia;—iba dándole el brazo á la condesa de Serizy.

—¿Cómo se llama?

—¿Luciano de Rubempré!... Estaba yo sentada bajo un tilo con Katt, sin pensar en nada, y había junto á mí dos damas que dijeron: «Allí van la señora de Serizy y el guapo Luciano de Rubempré». Yo miré á la pareja á quien se referían aquellas damas. «¡Ah! querida, dijo la otra, hay mujeres que son muy felices!... A esa se le consiente todo porque se apellida Ronquerolles y su marido ocupa el poder». «Pero, querida mía, le respondió la otra, Luciano le cuesta caro...» ¿Qué quiere decir esto, papá?

—Tonterías de las que dicen la gente de mundo—le contestó Peyrade á su hija.—Tal vez hacían alusión á acontecimientos políticos.

—En fin, usted me preguntó y yo le respondo. Si usted quiere casarme, búsqüeme un marido que se parezca á ese joven...

—¡Niña!—exclamó el padre—la belleza en los hombres no es siempre signo de bondad. Los jóvenes dotados de un exterior agradable no hallan ninguna dificultad al empezar su vida; no despliegan ningún talento, están corrompidos por los halagos del mundo y necesitan pagar luego los intereses de sus cualidades... A mí me gustaría hallar para ti á ese á quien los ricos y los imbéciles dejan sin socorro ni protección.

—¿A quién, padre mío?

—A un hombre de talento desconocido... Pero, calla, hija mía querida, que yo tengo medios para escudriñar todo París y para realizar tu programa presentándote, para que lo ames, á un hombre tan guapo como ese mal sujeto de quien hablas, pero con más porvenir, uno de esos hombres señalados para la gloria y para la fortuna. ¡Oh! ¡ya no pensaba en ello! debo de tener un rebaño de sobrinos, y tal vez entre ellos haya alguno digno de ti. Voy á escribir á Provenza.

¡Cosa extraña! en aquel momento un joven, muerto de hambre y de cansancio, y que había recorrido á pie el camino que separa París del departamento de Vaucluse, un sobrino del padre Canquoëlle, entraba por la barrera de Italia en busca de su tío. En los sueños de la familia que no conocía el destino de aquel tío, Peyrade resultaba una fuente de esperanzas: ¡creían que había vuelto de las Indias cargado de millones! Estimulado por aquellos cuentos del rincón del fuego, aquel sobrino, llamado Teodosio, había



emprendido un viaje de circunnavegación en busca del tío fantástico.

Después de haber saboreado la dicha de su paternidad durante algunas horas, Peyrade, con los cabellos lavados y teñidos, vestido con una levita de paño azul abrochada hasta el cuello, cubierto con una capa negra, calzado con gruesas botas y provisto de un plano particular, caminaba lentamente á lo largo de la avenida Gabriela, donde Contensón, disfrazado de tendero ambulante, lo halló delante de los jardines del Elíseo Borbón.

—Señor San Germán—le dijo Contensón dándole á su antiguo jefe el nombre de guerra,—me ha hecho usted ganar quinientos *haces* (francos); pero si he venido á apostarme aquí ha sido para deciros que el condenado barón, antes de dármelos, ha ido á tomar informes á la casa (Prefectura).

—Tal vez te necesitaré—respondió Peyrade.—He aquí nuestros números 7, 10 y 21; podemos emplear aquellos hombres sin que lo note la policía ni la prefectura.

Contensón fué á colocarse junto al coche en que el señor de Nucingen esperaba á Peyrade.

—Soy el señor de San Germán—dijo el meridional al barón acercándose á la portezuela del conde.

—Bueno, suba usted conmigo—respondió el barón al mismo tiempo que daba orden de encaminarse hacia el arco de triunfo de la Estrella.

—Usted ha ido á la Prefectura, señor barón, y eso no está bien. ¿Se puede saber lo que le dijo usted al señor prefecto y lo que éste le respondió?—preguntó Peyrade.

—Antes de *dagle* quinientos francos á un pillastre como Contensón, *ega natugal sabeg* si los había ganado. Yo he preguntado sencillamente en la *Prefectuga* si podía *empleag* á un tal *Peygade* en una misión delicada y si podía *teneg* confianza en él... En las oficinas me *gespondiegon* que *ega* usted uno de los más hábiles y más *hongados*. Y nada más.

—¿Quiere el señor barón decirme de qué se trata, ahora que le han dicho mi verdadero nombre?

Cuando el barón hubo explicado largamente su encuentro con Ester, el grito del cazador que iba detrás del coche y sus vanos esfuerzos para alcanzarlos, le contó lo que había ocurrido la víspera en su casa, la sonrisa que se le había escapado á Luciano de Rubempré y la creencia de

Bianchón y de algunos otros relativa á las relaciones entre la desconocida y aquel joven.

—Escúcheme, señor barón; en primer lugar me entregará usted diez mil francos para los primeros gastos, porque á usted en este asunto le va la vida, y como su vida es una manufactura de negocios, precisa no olvidar nada para hallar á esa mujer. ¡Ah! ¡le han cazado á usted!

—Sí, me han cazado...

—Barón, si es preciso algo más, se lo diré; confíe usted en mí—añadió Peyrade.—Ya comprenderá usted que yo no soy un espía... En 1807 era comisario general en Anvers, y ahora que ha muerto ya Luis XVIII puedo decirle que dirigí siete años su contra-policía... Conmigo no hay que regatear. Señor barón, ya se le alcanzará que no es posible hacer el presupuesto de las conciencias que hay que comprar antes de haber estudiado el asunto. No se impaciente usted, que yo lograré sus propósitos; mas no crea que me va á pagar con dinero: no, yo quiero otra recompensa.

—Con tal que no sea un *geino*...—dijo el barón.

—Es menos que nada para usted.

—Me gusta eso.

—¿Conoce usted á los Keller?

—Mucho.

—Francisco Keller es yerno del conde de Gondreville, y el conde de Gondreville comió ayer en su casa de usted con su yerno.

—¿Quién diablo le ha dicho á usted eso?—exclamó el barón.—Habrá sido *Jogge*, que *chagla* siempre—se dijo para sus adentros el señor de Nucingen.

Peyrade se echó á reír, y al ver esta risa el banquero concibió extrañas sospechas sobre su criado.

—El conde de Gondreville está en situación de lograme una plaza que deseo obtener en la Prefectura de Policía, acerca de cuya creación tendrá el prefecto una memoria antes de cuarenta y ocho horas—dijo Peyrade continuando la exposición de su plan.—Pídale esa plaza para mí; haga que el conde de Gondreville quiera ocuparse de este asunto con calor, y así me pagará usted el servicio que voy á prestarle. Me basta con su palabra, porque, si faltase á ella, llegaría día en que maldeciría usted su suerte... se lo juro como me llamó Peyrade.

—Sí, yo le doy mi palabra de *honog*-de *haceg* lo posible.



—Si yo me limitase á hacer lo posible por usted, no haría bastante.

—Bueno, *obragé* francamente.

—Francamente... eso es lo único que quiero — dijo Peyrade, —y la franqueza es el único regalo algo nuevo que podíamos hacernos uno á otro.

—Francamente—repitió el barón.—¿Dónde *quiege* usted que lo deje?

—En el extremo del puente de Luis XVI.

—En el puente de la *Cámaga* —le dijo el barón á su lacayo.—Al fin voy á *veg* á mi *adogada* desconocida—se dijo al verse solo.

—¡Qué cosa más rara!—se decía Peyrade mientras volvía á pie al Palais-Royal, donde se proponía triplicar los diez mil francos para constituirle una dote á Lidia.—Heme aquí obligado á espiar al joven que ha encantado á mi hija con una mirada. Debe ser alguno de esos hombres que tienen *gancho para la mujer*—se decía empleando aquellas expresiones enérgicas y pintorescas que con tanta frecuencia y gusto solía emplear también Corentín.

Al volver á su casa, el barón de Nucingen no se parecía á sí mismo, y asombró á sus criados y á su mujer con su cara alegre y animada.

—¡Pobres accionistas!—dijo Tillet á Rastíñac.

En aquel momento volvían de la Ópera y tomaban el te en el saloncito de Delfina de Nucingen.

—Sí—dijo sonriéndose el barón al oír la exclamación de su colega,—ya siento deseo de *haceg* negocio.

—¿Ha visto usted acaso á su desconocida?—le preguntó la señora de Nucingen.

—No—respondió,—sólo tengo *espeganza* de hallarla.

—¿Hay quien ame nunca de ese modo á su mujer?—dijo la señora de Nucingen sintiendo celos ó fingiendo sentirlos.

—Cuando sea suya, espero que nos invitará á cenar algún día, pues tengo ya curiosidad por ver á la criatura que ha tenido el mérito de rejuvenecerle de este modo—le dijo Tillet al barón.

—¡Oh! ¡es una *magavilla*!—exclamó el anciano banquero.

—Se va á dejar cazar como un pájaro—le dijo al oído Rastíñac á Delfina.

—¡Bah! sobrado dinero gana para...

—Para repartir un poco ¿verdad?—dijo Tillet á la baronesa interrumpiéndola.

Nucingen se paseaba por el salón como si no pudiese estar quieto.

—Este es el momento de lograr que le pague de nuevo las deudas—le dijo Rastíñac al oído á la baronesa.

En este momento, el falso cura, que había ido á la calle Taitbout para hacerle las últimas recomendaciones á Europa, que era la que tenía que desempeñar el principal papel de la comedia representada para engañar á Nucingen, se marchaba lleno de esperanza, acompañado de Luciano, el cual sentía verdadera inquietud al ver á aquel semidiablo tan bien disfrazado que ni él mismo lo habría reconocido á no ser por la voz.

—¿Dónde diablo has hallado esa mujer más hermosa aun que Ester?—le preguntaba á su corruptor.

—Hijito mío, eso no se encuentra en París. Esas teces no se fabrican en Francia.

—Mira, aun estoy aturdido de admiración. ¡La Venus Calípiga no está tan bien formada como ella! Hay para darle el alma al diablo por poseerla... Pero ¿de dónde la has sacado?

—Es la muchacha más hermosa de Londres, y mató á su amante en un acceso de celos. El amante era un miserable cuya muerte celebró la policía por lo mucho que daba que hacer, y ella ha sido enviada por una temporada á París, hasta que el crimen haya sido olvidado. La tunanta ha recibido buena educación; es hija de un ministro y habla el francés como su lengua propia. Ella no sabe ni podrá saber nunca lo que hace aquí. Le han dicho que, si lograba conquistarte, podría comerte muchos millones... pero que eras celoso como un tigre y que tenía que hacer la misma vida que hacía Ester. Ella no sabe cómo te llamas.

—¿Y si Nucingen la prefiriese á Ester?

—¡Ah! ¡tonto!—exclamó el falso cura.—¡Hoy temes que no se realice lo que tanto te asustaba ayer! No tengas cuidado. Esa joven es rubia y blanca y tiene los ojos azules; es lo contrario de la hermosa judía, y no posee los ojos de Ester, capaces de conmovér á un hombre tan podrido como Nucingen. ¡Qué diablo! ¡ya comprenderás que no es lógico que tú ocultases á un fenómeno de fealdad! Cuando esa



muñeca haya desempeñado su papel, la enviaré á Roma ó á Madrid, donde hará nacer muchas pasiones.

—Pues ya que podré disfrutar de ella poco tiempo, me vuelvo—dijo Luciano.

—Anda, hijo mío, diviértete... Mañana tendrás un día más. Yo espero á uno que tiene que venir á decirme lo que pasa en casa del barón de Nucingen.

—¿Quién es?

—La querida de su criado, porque es preciso saber siempre lo que pasa en casa del enemigo.

A las doce de la noche, Paccard, el cazador de Ester, halló al cura en el puente de las Artes, que es el sitio más apropiado de París para hablar en secreto. Al mismo tiempo que hablaba, el cazador miraba á un lado mientras que el cura miraba al otro.

—El barón ha ido esta mañana á la Prefectura de cuatro á cinco, y esta noche ha dicho que le prometieron hallar á la mujer que busca—dijo el cazador.

—¿Estaremos espiados?—preguntó Jacobo Collín—pero ¿por quién?

—Se ha servido ya de Louchard, el guarda de comercio.

—Eso sería una niñería—respondió el cura.—Lo único que nos daría que temer sería la brigada de seguridad ó la policía judicial; y, desde el momento que éstas no se mueven, nosotros podemos movernos.

—¿Cuál es la orden hoy?—preguntó Paccard con el tono respetuoso de un mariscal que fuese á recibir órdenes de Luis XVIII.

—Saldréis todas las noches á las diez—le respondió el falso cura,—é iréis á buen paso al bosque de Vincennes, al bosque de Meudón ó al de Ville-d'Avray. Si alguien os observa ú os sigue, no hagáis caso; sé complaciente y corruptible y habla de los celos de Rubempré, el cual está loco por la señora y no quiere, sobre todo, que nadie sepa que tiene una querida de ese género.

—¡Basta! ¿debo ir armado?

—¡De ningún modo!—exclamó Jacobo Collín.—¿De qué sirve un arma? para causar desgracias. No te sirvas en ningún caso de tu cuchillo de cazador. Cuando se le pueden romper las piernas á un hombre con el golpe que yo te enseñé, cuando puede uno batirse contra tres hombres

armados con la seguridad de tumbar á dos antes de que se hayan movido, ¿qué temes? ¿No llevas el bastón?

—¡Es verdad!—dijo el cazador.

Paccard, hombre de hierro con brazos de acero, patillas italianas, cabellera de artista, y cara lívida é impassible como la de Contensón, ocultaba su fogosidad y gozaba de un aspecto de tambor mayor que alejaba toda sospecha. Un escapado de presidio no tiene nunca la fatuidad y la convicción de sus méritos. Sacerdote del presidio, sentía la amistosa admiración que Peyrade sentía por Coirentin. Aquel coloso de piernas largas, mucho hueso y poca carne, no daba nunca un paso sin examinarlo todo con esa rapidez placida propia del ladrón ó del espía. Seco, ágil, dispuesto á todo siempre, Paccard hubiese sido perfecto, según decía Collín, si no tuviese el flaco de la bebida; tan á fondo poseía el talento necesario al hombre que vive en guerra con la sociedad. Al entrar en su casa, Paccard absorbía el oro líquido que le servía á copitas una joven llegada de Dantzick.

—Abriré el ojo—dijo Paccard poniéndose el magnífico sombrero de plumas después de haber saludado al que él llamaba *su confesor*.

He aquí por qué serie de acontecimientos, dos hombres tan inteligentes como eran, cada uno en su esfera, Jacobo Collín y Peyrade, llegaron á hallarse cara á cara en el mismo terreno y á desplegar su genio en una lucha en que cada cual combatía por su pasión ó por sus intereses. Fué éste uno de esos combates ignorados, pero terribles, en que se gasta en talento, en odio, en irritaciones, en marchas y contramarchas y en astucias, tanto poder como para adquirir una fortuna. Hombres y medios, todo fué secreto por parte de Peyrade, á quien su amigo Coirentin secundó en aquel asunto, que era para ellos un verdadero juego. Por eso la historia es muda respecto á este asunto, como lo es acerca de las verdaderas causas de muchas revoluciones. Pero he aquí el resultado. Cinco días después de la entrevista del señor de Nucingen con Peyrade en los Campos Eliseos, una mañana, un hombre de unos cincuenta años, dotado de esa figura de blanco de cerusa que se componen los diplomáticos, vestido con levita azul, y con aires de ministro, se apeó de un espléndido coche, dándole á su criado las riendas. Preguntó si estaba visible el barón de



Nucingen al criado que ocupaba el vestíbulo y que le abrió respetuosamente la puerta.

—¿El nombre del señor?—le preguntó el criado.

—Dígale al señor barón que vengo de la avenida Gabriela—respondió Corentín.—Si hay gente, guárdese de pronunciar este nombre en voz alta, porque se expondría á que le pusiesen de patitas en la calle.

Un minuto después, el criado volvió y llevó á Corentín al despacho del barón, por las habitaciones interiores.

Corentín cambió su mirada impenetrable con otra mirada análoga del banquero.

—Señor barón, vengo en nombre de Peyrade...

—Bien—dijo el barón echando el cerrojo.

—La querida del señor de Rubempré vive en la calle Taitbout, en la antigua casa de la señorita de Bellefeuille, la ex amante del señor de Granville, el fiscal general.

—¡Ah! ¡tan *cegea* de mí!—exclamó el barón—¡es *gago*!

—No me cuesta trabajo creer que esté usted loco por mujer tan hermosa, pues á mí me ha dejado encantado—añadió Corentín.—Luciano está tan celoso de esa muchacha que le prohíbe salir, y ella, al parecer, le ama, porque en los cuatro años que lleva en la casa, ni los vecinos, ni el portero, ni los propietarios han podido verla. La niña no se pasea más que por la noche. Cuando sale, las ventanillas del coche llevan las cortinillas bajas y ella se pone un velo. Luciano no la oculta únicamente por celos, sino que lo hace porque aspira á casarse con la señorita de Grandlieu, y es actualmente el favorito íntimo de la señora de Serizy. Como es natural, él quiere conservar su querida pública y no romper con su prometida. Usted es, pues, dueño de la situación: Luciano sacrificaría su placer por sus intereses y por su vanidad. Usted es rico; tal vez se trata de su última dicha, y debe mostrarse generoso. Por medio de la camarera podrá usted lograr sus deseos. Dele usted una docena de miles de francos á la criada y ella se encargará de esconderle en el cuarto de su ama.

Ninguna figura retórica serviría para describir el tono firme y absoluto de Corentín, que era observado por el barón con una expresión de asombro que había procurado ocultar con su impasible rostro.

—Vengo á pedirle cinco mil francos para Peyrade, que ha perdido cinco de los billetes que usted le dió, ¡una des-

gracia!—dijo Corentín con tono de mando.—Peyrade conoce demasiado bien París para hacer gastos en anuncios, y ha contado con usted. Pero no es esto lo más importante—dijo para quitarle importancia á la petición de dinero.—Si no quiere usted tener disgustos en su vejez, obténgale á Peyrade la plaza que solicitó, lo cual le sería á usted muy fácil. El director general de la policía del Reino debió de recibir ayer una nota respecto á este punto. Se trata únicamente de que Gondreville le hable del asunto al prefecto de policía. Dígale usted á Maligno, conde de Gondreville, que se trata de hacerle un favor á uno de los que le desembarazaron de los señores de Simeuse, y verá cómo se mueve.

—Señor, aquí tiene usted—dijo el barón entregando á Corentín cinco billetes de mil francos.

—La camarera es amante de un cazador llamado Paccard, que vive en la calle de Provenza, en casa de un cochero, y que se alquila como cazador á los que quieren darse aires de príncipe. Podrá usted llegar á hablarle á la camarera de la señora Van Gobseck por Paccard, un pillastre piemontés muy aficionado al vino.

Indudablemente esta última declaración, hecha á modo de postdata, era el precio de los cinco mil francos. El barón procuraba adivinar á qué raza pertenecía Corentín, en quien veía más bien un director de espionaje que un espía; pero Corentín siguió siendo para él lo que es para un arqueólogo una inscripción en la cual faltan las tres cuartas partes de las letras.

—¿Cómo se llama la *camagega*?—preguntó.

—Eugenia—respondió Corentín saludando al barón y marchándose.

El barón de Nucingen, transportado de alegría, abandonó todos sus negocios y se fué á sus habitaciones en ese estado de felicidad de un joven de veinticinco años que goza ya de antemano de los placeres de una cita con su primera querida. Después tomó todo el dinero que tenía en su caja particular, una suma con la cual habría podido hacer la dicha de una aldea, cincuenta mil francos, y se los puso en el bolsillo de la levita; pero la prodigalidad de los millonarios no puede compararse con su avidez de ganancias. Cuando se trata de un capricho, de una pasión, el dinero no es ya nada para los Cresos; porque, en efecto, les es más



difícil tener caprichos que oro. Un goce es lo más raro en su vida de hastío, llena de esas emociones que producen los golpes de la especulación. Ejemplo: Uno de los más ricos capitalistas de París, conocido por sus extravagancias, encuentra un día en los bulevares á una obrera excesivamente linda acompañada de su madre y dando el brazo á un joven de pobre apariencia. Al primer golpe de vista, el millonario se enamora de aquella parisiense; la sigue á su casa, entra, se hace narrar aquella vida mezclada de bailes, de días sin pan, de diversiones y de trabajo, se interesa por la joven y deja cinco billetes de mil francos bajo una moneda de cinco: una generosidad deshonorosa. Al día siguiente, un famoso tapicero acude á recibir órdenes de la obrera, amuebla una habitación que ella misma escoge, y gasta en ello veinte mil francos. La obrera se entrega á esperanzas fantásticas: viste convenientemente á su madre, se alaba de poder colocar á su ex amante en las oficinas de una Compañía de seguros, espera... uno, dos días... una, dos semanas; se cree obligada á ser fiel, y se empeña. El capitalista, llamado á Holanda, había olvidado á la obrera, y no fué ni una sola vez al paraíso en que la había colocado, del cual cayó ella todo lo bajo que es posible caer en París. Nucingen no jugaba, Nucingen no protegía las artes, Nucingen no tenía ningún capricho: era, pues, natural que se lanzase ciegamente á su pasión por Ester, según esperaba el falso cura.

Después de almorzar, el barón llamó á su criado Jorge y le dijo que fuese á la calle Taitbout á rogarle á la señorita Eugenia, camarera de la señora Van Gobseck, que pasase por sus oficinas para un asunto importante.

—Guíala tú y hazla *subig* á mi *cuagto*, diciéndole que ha hecha su *fojtuna*.

A Jorge le costó mucho trabajo decidir á Europa-Eugenia á seguirle. «La señora no me permite nunca salir; podría perder la colocación, etc., etc.»; así es que Jorge hizo valer sus méritos á los oídos del barón, el cual le dió diez luis.

—Si la señora sale esta noche sin llevarla consigo, Eugenia vendrá á eso de las diez—le dijo Jorge á su amo cuyos ojos brillaban como carbunclos.

—Bueno, ven á *peinagme* y á *vestigme* á las diez, pues *quiego pagueceg* lo *mejog* que pueda. Yo creo que *logragé veg* á mi amada, ó el *dinego* no es *dinego*.

De doce á una, el barón se tiñó los cabellos y las patillas. A las nueve, el barón, que tomó un baño antes de comer, se compuso, se perfumó, se adonisó. La señora de Nucingen, sabedora de aquella metamorfosis, quiso procurarse el placer de ver á su marido.

—¡Dios mío! ¡qué ridículo es usted!—le dijo.—Vamos, vamos, póngase una corbata de satín negro en lugar de esa blanca que hace resaltar más la dureza de sus patillas. Además, que así estará más elegante, más distinguido y parecerá un antiguo consejero del parlamento. Quitese también esos botones de diamantes, que valen cien mil francos cada uno, porque esa mona se los pediría y usted no podría negárselos... y... para dárselos á esa perdida, vale más que me los ponga yo en las orejas.

El pobre financiero, admirado de las oportunas y justas advertencias de su mujer, le obedecía refunfuñando.

—¡Gidículo! ¡gidículo!... Yo no le he dicho á usted nunca que *estuwiega gidícula* cuando usted se ataviaba *pagecege* bien á su pequeño *Gastiñac*.

—Supongo que no me habrá encontrado usted nunca ridícula. ¿Soy yo mujer capaz de cometer semejantes faltas de ortografía en mi tocado? Veamos, vuélvase. Abróchese la levita hasta arriba, como hace el duque de Maufrigneuse dejando sueltos los dos últimos ojales de arriba y además procure parecer joven.

—Señor—dijo Jorge,—aquí está la señorita Eugenia.

—Adiós, *señoga*...—exclamó el banquero acompañando á su mujer hasta más allá de los límites de sus habitaciones respectivas, para estar seguro de que no escucharía la conferencia.

Al volver, tomó de la mano á Europa y la llevó á su cuarto con una especie de respeto irónico.

—Bueno, pequeña, ya puede *decigse* feliz, *pogque* está al *segvicio* de la *mujeg* más bonita del mundo... Su *fojtuna* de usted está hecha si se aviene á *hablag* en mi *favog* y á *ponegse* de mi *pagte*.

—Ni por diez mil francos haría tal cosa—exclamó Europa.—Señor barón, ya comprenderá usted que yo soy ante todo mujer honrada...

—Sí, y cuento *pagag* bien su *hongadez*. Eso es lo que se llama en el *comegic* la *cugiosidad*.

—Pero no es esto lo único—dijo Europa.—Si el señor